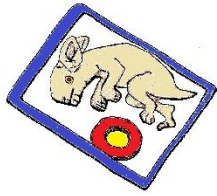


CRÓNICAS, HISTORIA Y CULTURA DE ECATEPEC



Año: II Número: 23 Fecha: Mayo 2021.

MADAME CALDERÓN DE LA BARCA Y SU PASO POR ECATEPEC EN EL AÑO DE 1840.

Angélica Rivero López.
CRONISTA MUNICIPAL DE ECATEPEC DE MORELOS

Este boletín abordará la breve descripción que se realizó en el Siglo XIX sobre algunos pueblos de Ecatepec a cargo de la escocesa de nombre “Frances Erskine Inglis”, conocida también como Madame Calderón de la Barca o Marquesa Calderón de la Barca.

Madame Calderón de la Barca escribió el libro intitulado *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Este libro fue publicado en Londres y Boston en el año de 1843 y traducido al castellano en 1959. La marquesa describió con detalle la geografía, la arquitectura y la sociedad de México al final de la tercera década del Siglo XIX. La escritora



Figura 1. El paisaje al Norte de la Cuenca de México, por donde pasaba el Camino Real, observándose el costado Oriente de la Sierra de Guadalupe, la Laguna de San Cristóbal y Cerro Gordo (*La nube*, Gerardo Murillo “Dr. Atl”, 1931, Museo Nacional de Arte).

describió los usos y costumbres de la burguesía, en contraste con el gran cuadro de la miseria urbana y rural¹.

En mayo de 1840 la Sra. Frances aceptó junto con su esposo² la invitación para visitar algunas haciendas pulqueras de la Familia Adalid ubicadas al Norte de la Ciudad de México³.

Durante el viaje a través de lo que era el antiguo Camino Real pasaron por algunos pueblos de Ecatepec, entre ellos: San Pedro Xalostoc⁴, Santa Clara Coatitla, Santa María Tulpetlac⁵, San Cristóbal Ecatepec y por dos de sus Barrios⁶, San José Jajalpa⁷ y San Juan Acalhuacan⁸ (Figura 1).

El relato inicia cuando el contingente salió a las cinco de la mañana de la Ciudad de México. El medio de transporte que utilizaron fue un elegante coche tirado por seis caballos, que era conducido por

¹ María Arbeláez Soler, "La vida en México. Una breve historia", p. 71.

² Su esposo fue Ángel Calderón de la Barca ministro plenipotenciario de España en México. Llegaron a México a fines de diciembre del año 1839, permaneciendo en el país hasta enero de 1842. Madame Calderón de la Barca sostuvo correspondencia con su familia que vivía en Boston; y en 1843 seleccionó 54 cartas para su publicación como libro.

³ Tenía amistad con la Señora Josefa Adalid y Gómez Pedroso. La familia Adalid se dedicó por generaciones a la explotación de los magueyes pulqueros ubicados en los Llanos de Apan, específicamente en regiones de los estados de Hidalgo, México y Tlaxcala, en donde poseían haciendas que se dedicaban a la producción de pulque. Los orígenes de la familia Adalid se ubican desde el Siglo XVIII. La principal de estas propiedades era la Hacienda de Ometusco, la cual fue visitada y descrita por Madame Calderón de la Barca.

⁴ En el texto no se menciona el Pueblo de Xalostoc, sin embargo; pasaron por esa localidad.

⁵ Santa María Tulpetlac tampoco es mencionado en el documento.

⁶ San Cristóbal Ecatepec no se menciona, pero por las descripciones realizadas es evidente que se trata de esta localidad.

⁷ Este barrio tampoco se menciona, pero queda junto al Camino Real.

⁸ Se describe la Casa de los Virreyes ubicada en el Barrio de San Juan Acalhuacan aunque no menciona el nombre del barrio.

dos cocheros. El coche a su vez era escoltado por varios jinetes armados, debido a que el Camino Real era uno de los más peligrosos.

La ruta que siguieron fue a través del Camino Real, salieron de la ciudad por la Villa de Guadalupe, pasando frente a la Basílica de Guadalupe y continuaron su camino hacia el Norte a través de lo que describió como "Pantanosas llanuras", que en su momento estuvieron cubiertas por las aguas del Lago de Texcoco. Esto nos indica que el nivel agua del lago en ese momento era menor.

Describe hacia el Oriente lo formidable del Lago de Texcoco, así como los volcanes Popocatepetl e Iztaccihuatl.



Foto 1. Casa del Real Desagüe o Casa de los Virreyes (Fotografía propiedad de la Familia Gutiérrez Díaz).

Se enfatiza que el terreno era plano, pero; le daba vida las montañas que lo circundaban, es decir la Sierra de Guadalupe. Había abundantes magueyes distribuidos alrededor de los llanos.

Las casas eran de adobe y algunas eran de piedra sin ventanas. Se mencionan los restos de nobles edificios. Resalta el abandono de los pueblos y las constantes ruinas observadas.

Se menciona un antiguo palacio de un virrey, utilizado como taberna. En este palacio se detenían los cocheros a beber pulque y para descansar sus mulas. El palacio mencionado se trataba de la Casa del Real Desagüe o Casa de los Virreyes ubicada en el Barrio de San Juan Acalhuacan perteneciente al Pueblo de San Cristóbal Ecatepec (Foto 1).

Resalta, que era un pueblo en ruinas con casas deshechas, muros y arquerías destruidos, una iglesia antigua y un convento en ruinas. Estos últimos, templo y convento que se mencionan, se tratan del Templo y ExConvento de San Cristóbal (Foto 2).



Foto 2. ExConvento de San Cristóbal (Fotografía SINAFO / INAH).

El calor era excesivo en el mes de mayo y escaseaba el agua a lo largo del Camino Real.

En el Camino Real tuvieron un incidente, que fue muy recurrente a lo largo de la historia del mismo; y eran los ladrones que con frecuencia asaltaban a las diligencias que transitaban por ese camino.

En su relato, sólo menciona el Pueblo de Santa Clara ubicándolo a la izquierda del camino y resaltando, que se encontraba al pie de unas colinas, es decir; al pie de la Sierra de Guadalupe.

Destaca el hecho de que, el Templo de Santa Clara de Asís estaba pintado de blanco. Con relación a las características del pueblo, afirma que algunas casas tenían techumbre y otras carecían de la misma (Foto 3).

De esta manera retrata Madame Calderón de la Barca, los territorios que transitó por Ecatepec, cuando arribó a estas tierras en el año de 1840⁹:

“Salimos de la ciudad por la puerta de Guadalupe, y pasamos frente a la gran catedral guadalupana, pues nuestro camino corre a través

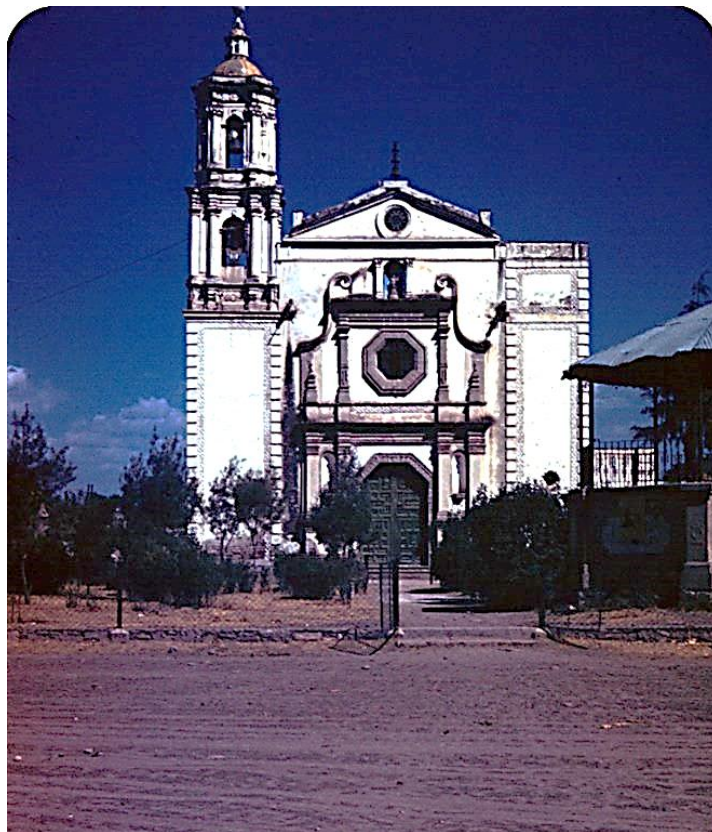


Foto 3. Fachada del Templo de Santa Clara de Asís (Fotografía SINAFO / INAH).

⁹ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante la residencia de dos años en ese país*, pp. 132-133.

de las pantanosas llanuras antes cubiertas por las aguas del lago de Texcoco.

Hacia el Este se extiende el gran lago, y sus anchurosas aguas brillan como un lienzo de plata fundida; más allá los dos grandes volcanes, y el sol naciente hace de sus rayos una corona para la cima blanca del Popocatépetl.

Para describir de una vez por todas el aspecto general del paisaje por este lado del Valle de México, bastará con decir que todo tiene un aire de melancolía, inmensidad y desolación. La tierra es llana, pero eternamente le dan vida las montañas que la circundan, al igual que una pintura insignificante a la que le hubieran puesto un marco de diamantes; y sin embargo, el conjunto no carece de interés. Estos grandes llanos de magueyes tienen una apariencia muy propia y peculiar, con sus chozas en medio de esos manchones yermos, que antes eran jardines, en donde todavía hay flores ahogadas por la mala hierba; las mismas chozas, hechas casi todas de lodo, y no pocas veces casas de piedra dura, sin techos y una oquedad a donde se miraron ventanas, restos de lo que antaño fueran nobles edificios; y una soledad infinita, sólo perturbada por el paso del indio, y a buen seguro tan montaraz como lo era la plebe en México al cruzar Cortés estas llanuras por vez primera —con el mismo modo de ser: docilidad y cobardía, falsedad y astucia; débil, como lo son por naturaleza los animales, y tan indolente e impróvido, como suelen serlo los hombres en un clima propicio; ruinas aquí y allí... aquí, el palacio de un virrey que ahora sirve de taberna, en donde atajan a las mulas para que descansen y en donde se detienen los cocheros a beber pulque; allí, todo un pueblo que se desgaja; casas destechadas, muros y arquerías derruidos; una vieja iglesia, un convento en ruinas.

Durante leguas es raro ver un árbol; mas de pronto aparecen los elegantes árboles del Perú, o bien un aislado y corpulento ciprés; y tercián en el paisaje largas recuas de mulas y de asnos, con sus arrieros; pastizales con ganado, otra vez las hileras de magueyes que se extienden hasta donde la vista alcanza. Caminos que sólo lo son de nombre; brechas que cortan las magueyeras, orladas de vallados de piedra que se van derrumbando, y en donde la comodidad del coche de Carlos X no podía salvarnos del traqueteo. Pero los caballos van lanzados a todo galope, acostumbrados como están a pasar a través y por encima de todo.

El primer pueblo que vimos fue Santa Clara, a nuestra izquierda, que se encuentra al pie de unas foscas colinas, con una iglesia pintada de blanco y casas techadas y otras sin techo. No se divisaba una sombra, a veces ni un árbol por leguas, y el sol, y el polvo, muy desagradables, lo fueron más según avanzaba el día. Con la rapidez del coche, corriendo sobre estos llanos ardientes y polvosos, empezaron a echar humo las ruedas. Ni una casa a la redonda, ni señales de agua por ninguna parte. El lance era crítico; cuando Adalid recordó de pronto que no lejos de ahí había un viejo rancho, una casa de campo desierta, y ocupada al presente por ladrones; le ordenó al cochero que nos acercara a la casa, y envió a uno de los criados a caballo, con un medio, para traer un poco de agua, y con esto trataba a los ladrones como si fuesen personas decentes. Se fue el criado a galope y regresó al poco rato con un cubo lleno de agua, que devolvió luego que se hubo apagado el fuego. En el intervalo examinamos, según nos lo permitía la distancia, el exterior del domicilio de los ladrones, una vieja casa arruinada y solitaria en un llano sin árboles. Frente a la casa iban y venían algunos hombres armados de fusiles, con tipo de cazadores y de aspecto sucio; se diría que estaban esperando cobrar alguna pieza, o dispuestos para ir a buscarla. Mezcladas entre los ladrones distinguimos a unas mujeres que acarreaban agua. Había además una gran cantidad de perros. Nos salvamos de los peligros de una acometida gracias a la presencia de los hombres armados que nos acompañaban, y también de que su amo se llamara Adalid, tan conocido en estos lugares, que una vez que su carruaje se vio rodeado de ladrones, fue suficiente al darse a conocer para que éstos se retiraran dando todo género de disculpas por su equivocación; pero ¡ay del jinete solitario o del coche sin escolta, que se atreva a pasar por estos parajes! Y además, no siempre gozan los ladrones del mismo buen humor, pues las casas del mismo señor Adalid han sido con frecuencia asaltadas en su ausencia, y una vez, su hacienda de Santiago tuvo que resistir un sitio en toda regla, hasta que los ladrones fueron rechazados, gracias al valor de sus criados."

BIBLIOGRAFÍA.

Calderón de la Barca, 2017, *La vida en México durante la residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa.

Arbeláez Soler, María, 1995, "La vida en México. Una breve historia", en *Historias*, núm. 34, pp. 71-87.

DIRECTORIO

Dra. en Antropología Angélica Rivero López.

Colaboración y Edición.

Diseño.

~

Ing. Guillermo Escobar.

Corrección de Estilo y Corrección Ortotipográfica.

~

Todos los Derechos Reservados. Copyright © Mayo del
2021 por Dra. en Antropología Angélica Rivero López; México.

e-mail: angelicariver1@yahoo.com.mx

Páginas de FaceBook:

a) Angélica Rivero López

b) Cronista Municipal Ecatepec de Morelos